

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT  
/THE ECONOMIST

# LA LUCHA CONTRA LOS SUBSIDIOS

Los países ricos se encuentran bajo presión para suspender sus apoyos financieros al agro. ¿Podrían algunas naciones pobres resentir su cancelación?

Las exportaciones de Burkina Faso, en África Occidental, dependen en casi 40% del algodón. Pero los precios no son siempre los que deberían. De acuerdo con el Comité Internacional del Algodón, organismo que asesora a entidades gubernamentales, los precios mundiales habrían resultado casi 26% más altos en el periodo 2001-02, si no hubiera sido por los 4 mil mdd que Estados Unidos dispensa a sus productores de algodón. El cultivo de algodón en Estados Unidos consistió, alguna vez, en separar la fibra de la semilla. Ahora es un método muy conveniente para separar a los contribuyentes estadounidenses de su dinero.

Pronto el botín podría ser menos sustancioso. Este mes, la Organización Mundial de Comercio (OMC) reiteró su fallo que sostiene que tales subsidios distorsionaron el mercado y rebasaron los límites acordados en 1994. El presupuesto de Bush para el año fiscal venidero propone severos cortes a las subvenciones agrícolas. Una promesa de eliminar (con el tiempo) los subsidios a las exportaciones en los países ricos y efectuar un recorte "sustancial" a otros apoyos fue vital para revivir, el verano anterior, la ronda de Doha de conversaciones sobre el comercio global. Hubo también acuerdo en que las reclamaciones de Burkina Faso y sus vecinos podrían ser atendidas "de manera ambiciosa, expedita y específica".

Pero mientras la ronda avanza, algunos comerciantes independientes están preocupados. Jagdish Bhagwati, economista de la Universidad de Columbia y autor de un libro que apoya la globalización, es uno de ellos. En un reciente artículo de la *Revista económica del Lejano Oriente* sostuvo que, si bien los subsidios agrícolas son sin duda indeseables, la pretensión de que eliminarlos ayudará a los países más pobres es una "peligrosa insensatez" y una falacia "perniciosa".

Arvind Panagariya, colega de Bhagwati en la Universidad de Columbia, está de acuerdo<sup>1</sup>. Su argumento se apoya en una observación sorprendente: muchos países pobres son importadores netos de mercancías agrícolas. En 1999, un estudio descubrió que 33 de las 49 naciones más pobres importan más productos agrícolas de los que exportan, y 45 son importadoras netas de alimentos. Los subsidios deprimen el precio de los productos agrícolas en los mercados mundiales. Eso lesiona a los que compiten en la exportación, como Burkina Faso puede testificar, pero beneficia a los importadores.

En la misma lógica, cancelar subsidios podría beneficiar a los exportadores, pero lesionar a los



LA JORNADA

Campeño en el corte de caña de azúcar en campos de Jalisco. Acabar con los subsidios agrícolas en países de la OCDE transferiría dinero de la ciudad al campo, afirman algunos especialistas

importadores. En una ponencia publicada en 2003<sup>2</sup>, Stephen Tokarick, del Fondo Monetario Internacional, calculó el impacto. Reconoció que si las naciones miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) recortaran sus subsidios (pero conservaran sus tarifas), Brasil y Argentina perderían 559 mdd por año (en dólares de 1997). India se beneficiaría un poco, pero el resto de Surasia dejaría de percibir 164 mdd. África subsahariana perdería 420 mdd, mientras África del norte y del medio oeste enfrentarían un costo de 2 mil 900 mdd.

El impacto en diversas comunidades dentro de un país es otra cuestión. En un libro reciente<sup>3</sup>, William Cline, del Centro para el Desarrollo Global, organización estadounidense de investigación y análisis, señala que las comunidades pobres tienden a ser rurales, y las comunidades rurales tienden a vender más alimentos de los que consumen. Para ellas un aumento en los precios agrícolas sería una bendición. Quienes deben preocuparse son los pobres de las ciudades, y quizá los gobernantes de las naciones frágiles y pobres que tradicionalmente han luchado por mantener bajos los precios de alimentos. Presionar con dureza a los campesinos es menos riesgoso que provocar el descontento de la gente de la ciudad, que

está a tiro de piedra del palacio presidencial. En cambio, poner fin a los subsidios agrícolas en países de la OCDE transferiría dinero de la ciudad al campo.

Si un cambio así puede ser bien acogido, se pregunta Panagariya, ¿por qué esperar a que los países miembros de la OCDE corten subsidios? Las naciones pobres podrían tomar el asunto en sus manos aplicando una tarifa compensatoria a los productos subsidiados, lo cual podría elevar los precios domésticos de los alimentos y beneficiar a las comunidades rurales. Sería también una forma pulcra de aumentar los ingresos a expensas de los países ricos.

Claro que un gravamen de esa naturaleza sólo elevaría los precios agrícolas locales. Cline piensa que más países podrían beneficiarse de un aumento en el precio relativo de los productos agrícolas en el mercado mundial. Argumenta que muchas naciones pobres tienen una ventaja comparativa originaria en productos del campo. Sí, tienden a ser importadores netos de alimentos, pero ése es un dato engañoso. Debido a la importante ayuda financiera que reciben, tienden a ser importadores netos de todo.

## El privilegio es mío

Panagariya objeta de nuevo. Señala que muchos países pobres disfrutaban de acceso privilegiado a los mercados protegidos de la

Unión Europea. Ahí obtienen precios más altos para sus exportaciones de los que pudieran encontrar en el mercado abierto.

Los productores de azúcar de Islas Mauricio, por ejemplo, a pesar de las excesivas barreras de importación estadounidenses, venden su producto en tres veces su valor de mercado. Según algunas estimaciones, casi 30% de los ingresos por exportación de la isla se deben a las preferencias que la Unión Europea le confiere. Pero estos privilegios no son gratuitos: el Banco Mundial reconoce que cada dólar que obtiene un país

Ciertos especialistas critican la pretensión de que eliminar este mecanismo ayudará a los países más pobres y dicen que es una "peligrosa insensatez" y una falacia "perniciosa"

como Islas Mauricio cuesta seis a la Unión Europea y a EU. Como programa de apoyo no es formidablemente eficaz.

La paradoja de la ronda de Doha es que los miembros que con más vigor han luchado para mantener los subsidios, como Estados Unidos, son los que más ganarían con su abolición. Por otra parte, los países pobres ganarían más con un recorte en las tarifas. De acuerdo con Tokarick, abolir las tarifas agrícolas en los países ricos podría generar 12 mil 500 mdd a los países pobres y sin que haya perdedores regionales. Si ellos también liberaran su mercado agrícola, podrían cosechar otros 21 mil 400 mdd.

El tema de los subsidios estadounidenses al algodón debe ser atendido de manera "ambiciosa, expedita y específica", resolvió la OMC el pasado verano. Pero es necesario convocar iguales ambición y rapidez en la lucha contra las tarifas.

<sup>1</sup> "Agricultural liberalisation and the developing countries: debunking the fallacies (Liberalización agrícola y los países en desarrollo: derribando las falacias". Puede consultarse en <http://www.columbia.edu/~ap2231/>

<sup>2</sup> "Measuring the impact of distortions in agricultural trade in partial and general equilibrium (Medición del impacto las distorsiones del mercado agrícola en el equilibrio parcial y general)." Documento de trabajo 03/110 del FMI

<sup>3</sup> "Trade Policy and Global Poverty (Políticas de Mercado y pobreza global)." Centro para el Desarrollo Global e Instituto para la Economía Internacional, 2004.

FUENTE EIU/INFO-E



JESUS VILLASECA

Cosecha de pastura para alimentar al ganado. Un estudio de 1999 reveló que 33 de las 49 naciones más pobres importan más productos agrícolas de los que exportan y 45 son importadoras netas de alimentos

# TE SEGUIRÉ A TODOS LADOS (IDENTIFICACIÓN POR RADIOFRECUENCIA)

► Pese a las inquietudes de consumidores, Wal-Mart impone el cambio hacia una tecnología que volverá obsoletos los códigos de barras

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT  
/THE ECONOMIST

El remplazo electrónico de los ubicuos códigos de barras ha empezado el despegue. Tras haber resuelto las primeras inquietudes sobre costo y seguridad, la identificación por radiofrecuencia (RFID, por sus siglas en inglés) empieza a extenderse por todo el globo. Desde el monitoreo de embarques de jitomate en Australia hasta el conteo de fichas de póquer en Las Vegas, las etiquetas RFID prueban su utilidad en una gama inesperadamente amplia de industrias.

De manera similar al código de radio, cada etiqueta RFID tiene una pequeña antena que responde a ondas de radiofrecuencia transmitidas desde un aparato llamado lector RFID. Una vez activada, la etiqueta proporciona información al lector mediante un código único de identificación. Dicho código puede incorporarse a las computadoras de las empresas, las cuales pueden programarse a su vez para detener una línea de manufactura, permitir el acceso a un edificio, realizar un micro-pago desde un teléfono celular o mandar información financiera a las oficinas de una compañía.

Aún mejor, a diferencia de la tecnología de códigos de barras, los lectores RFID no requieren pasar sobre cada etiqueta; de hecho, pueden leer cientos de etiquetas a la vez. También son capaces de leer desde una distancia de 100 metros, dependiendo de la frecuencia y la transmisión empleadas. Esta tecnología ha estado en uso desde hace años, pero había permanecido a la zaga de los códigos de barras porque el costo de cambiar de una a otra era prohibitivo. De la misma manera, su uso ha alarmado a los consumidores activistas, pues les preocupa que cada etiqueta técnicamente podría seguir siendo un dispositivo de localización aun después de que el artículo haya sido comprado.

Nada de esto importa, sin embargo, a la cadena de supermercados más grande del mundo. Hace unos 18 meses, Wal-Mart de Estados Unidos insistió en que sus 100 proveedores principales cambiaran a la tecnología RFID para principios de año. Todos han cumplido y

ahora los siguientes 200 en importancia deben cumplir el requisito para finales de este mismo año. El esfuerzo de Wal-Mart ha tenido gran efecto en la RFID, al generar una demanda tal de etiquetas que los precios

han caído de un dólar a entre 25 y 45 centavos por etiqueta. Los empresarios interesados en entrar a este negocio predicen que en uno o dos años el precio bajará hasta un centavo de dólar.



GUILLERMO SOLOGUREN

Comercio en plazas comerciales. Desde el monitoreo de embarques de jitomate en Australia hasta el conteo de fichas de póquer en Las Vegas, las etiquetas RFID prueban su utilidad en una gama inesperadamente amplia de industrias

han caído de un dólar a entre 25 y 45 centavos por etiqueta. Los empresarios interesados en entrar a este negocio predicen que en uno o dos años el precio bajará hasta un centavo de dólar.

## El efecto Wal-Mart

Los empresarios de tecnología RFID pueden hacer esas afirma-



LA JORNADA

A diferencia de los códigos de barras, los lectores RFID no requieren pasar sobre cada etiqueta

para anunciar los resultados del cambio. La compañía reportó que el nuevo sistema de monitoreo se hallaba instalado en 104 de sus tiendas Wal-Mart de EU, más 35 Sam's Clubs y tres centros de distribución. Cerca de 14 mil lectores han recogido información de unos 5 millones de etiquetas. De manera sorprendente, a los 30 minutos de la compra de un artículo Wal-Mart puede proporcionar información a sus proveedores en su página web del servicio de extranet.

En cuanto a los inconvenientes, se ha encontrado que los lectores no captan tan bien como se creía los datos de artículos colocados en montacargas. En un montacargas que transporte mercancía a toda su capacidad en los centros de distribución, el promedio de lecturas alcanza sólo 66%. En prevención, las compañías distribuidoras trabajan con los proveedores para encontrar el mejor sitio para poner las etiquetas en cada artículo. A pesar de este inconveniente, Wal-Mart espera tener esta tecnología en 600 tiendas en octubre próximo. Resulta claro, señaló la empresa recientemente, que los proveedores "no podrán optar por

otra". Y en lo que se refiere a las quejas de los consumidores activistas, la empresa las desechó por considerar que no tienen importancia.

No es de sorprender que otras cadenas de supermercados

Consumidores activistas están alarmados por esta tecnología, pues cada etiqueta técnicamente podría seguir siendo un dispositivo de localización incluso después de que el artículo haya sido comprado

seguridad y los pasaportes. En fecha reciente el Departamento de Defensa de Estados Unidos otorgó a sus empleados tarjetas que ya usan etiquetas RFID, y se espera que pronto otras oficinas gubernamentales hagan lo mismo. También en los sectores de manufactura y financiero crece el uso de la RFID: hace poco el gigante alemán de software SAP aceptó trabajar con el consorcio estadounidense Intel para poner en marcha el sistema de monitoreo inalámbrico que ofrece la RFID. El objetivo es ayudar a las empresas a incorporar directamente la información RFID a sus cuentas, transfiriéndola de los lectores RFID a cada computadora.

Aun así, si bien las etiquetas son cada vez más baratas, todavía invertir en un sistema RFID resulta costoso. Las empresas tendrán que pagar al menos 15 mil dólares para saber exactamente qué beneficios les traerá la RFID, más unos 100 mil dólares para poner en marcha un proyecto piloto. En general, las empresas con largas cadenas de abastecimiento serán las primeras en sentir los beneficios del sistema. Etiquetar bienes con los números exclusivos del cliente se traducirá en que se requiera menos personal para seleccionar mercancía y empaquetar órdenes, con lo cual las ganancias generales se elevarán alrededor de 30%.

Dada la novedad de esta tecnología, las estimaciones de su crecimiento varían mucho. De acuerdo con In-Stat, compañía estadounidense de investigaciones de mercado, las etiquetas RFID están destinadas a convertirse en la tecnología inalámbrica de mayor alcance desde el teléfono celular.

Dicho grupo pronostica que las ventas de etiquetas se elevarán de 300 mdd el año pasado a unos 2 mil 800 mdd en 2009. Otros analistas no se muestran tan optimistas. Juniper Research, por ejemplo, predice que en 2007 el mercado de tecnología RFID en Europa Occidental alcanzará apenas mil 100 mdd.

Una cosa es segura. Gracias al empuje de Wal-Mart, los usos de RFID —de la bodega a la bolsa— se ampliarán de aquí en adelante. Quienes se resistan al uso de esta tecnología podrían dañar sus perspectivas de crecimiento futuro.

FUENTE: EIU/INFO-

